

error, será una debilidad; ¿pero quién se libra de errores ó debilidades? Trasládemonos á aquellos espantosos momentos: veamos las tribunas llenas de verdugos y asesinos, rodeando á la Convencion, señalando con el dedo, destinando al puñal á quien se negara á tomar parte en el asesinato de Luis XVI. Los sitios públicos, las plazas, y las encrucijadas resonaban con alaridos y amenazas. A la vista estaba aun el ejemplo de las matanzas de setiembre y conocidos eran los excesos á que una poblacion desenfrenada podia entregarse.

Tambien es cierto que ya se habian hecho preparativos para degollar á la familia real, una porcion de diputados y muchos millares de proscriptos, en el caso de no haber sido condenado el rey. Acosado por tantos peligros cree un hombre hallar medio de conciliar todos los intereses; imagínase que con un voto evasivo salvará la familia real, suspenderá la muerte del rey, é impedirá una matanza general: apodérase con ansiedad de esa funesta idea y pronuncia un voto condicional. Pero sus colegas no se engañan: adivinan su intencion, desechan con furor la apelacion al pueblo, las condiciones dilatorias, y cuentan su voto en el número de los votos de muerte: ¿Será culpable un hombre que haya obrado de este modo? Lo será con arreglo al derecho; acaso no lo será con arreglo á la intencion. No se trata aquí de principios rigurosos, pues en tal caso hasta los mismos que votaron por la vida del rey no serian menos culpables de lesa-majestad, como lo hicieron ver los jueces ingleses en el proceso de los regicidas. Pero nuestras desgracias son tan grandes que exceden toda comparacion y toda regla. Fácil es decir en momentos de calma y de seguridad: «Yo hubiera obrado de este modo: no me habria portado así: solo en el dia del combate es cuando se conocen las fuerzas. No debemos pues juzgar con rigor lo que se hizo bajo la impresion del puñal: en este caso la suposicion de buenas intenciones constituye la inocencia, y lo demás es efecto del tiempo y de la fragilidad humana.

Conviene asimismo clasificar á parte á los que habiendo sido llamados despues de la muerte del rey á ocupar los altos puestos del Estado, trataron de expiar sus primeros errores salvando víctimas, resistiéndose con denuedo á los sangrientos decretos de la tiranía, y que despues de la restauracion han demostrado con su obediencia y deseo de ser útiles á la monarquía, cuan agradecidos quedaban á la misericordia régia.

Hé aquí pues el débil batallon de los que se creen tan fuertes desmembrado de todo lo que no debe numerarse entre sus filas. Engánanse tambien mucho cuando exclaman que son la salvaguardia de todo el que ha participado de las turbulencias de la Francia. Mucho mas exacto seria decir que si algo ha podido causar alarma en los ánimos es el perdon concedido á los jueces del rey.

Ese perdon tiene algo de *sobrehumano* y los hombres están propensos á no creerlo. El exceso de virtud hace sospechar de la virtud. No faltaria acaso quien dijera: «El rey no puede tratar de ese modo á los asesinos de su hermano, y supuesto que á todos perdona, creeremos que allá en el fondo de su alma no perdona á ninguno. De manera que el respetar la vida, la libertad, la fortuna y los honores de los que votaron la muerte del rey en vez de tranquilizar á la multitud no sirvieron mas que para inquietarla.»

Pero el rey no quiere proibir á nadie: es fuerte, muy fuerte: ningun poder podria en la actualidad conmovier su trono. Si quisiera castigar no tendria necesidad de esperar otros tiempos, ni otras circunstancias, ni tiene motivo ninguno para disimular. No castiga, porque así como su hermano de dolorosa y santa memoria, ha recibido por herencia la misericordia, y porque así como Luis XVI tampoco quisiera salvar su

vida si hubiese de costar una sola gota de sangre francesa. Ademas de todo esto ha empeñado ya su real palabra, y á imitacion suya ningun francés desea venganzas ni reacciones. ¿Qué se pide á los que tuvieron la enorme desgracia de condenar á muerte al hijo de San Luis y de Enrique IV? Que gocen en paz lo que han adquirido y eduquen tranquilamente su familia. No es tan costoso por cierto cuando el hombre se va acercando á la vejez, cuando se ha conocido el mundo, cuando se ha pasado ya de la edad de la ambicion, y se ha vivido entre sangre, turbulencias y tempestades, no es tan duro, decimos, hacer un momento de alto para acabarse de conocer antes de ir á donde fué Luis XVI. Este monarca hizo un postrer viaje no en la plenitud de sus ideas, no lentamente, no rodeado de sus amigos, no con comodidades ni consuelos, sino jóven, apremiado, solo, falto de todo.... y sin embargo lo hizo en paz.

¿Quiéren los que le hicieron partir tan precipitadamente probar al mundo que merecen la clemencia de que son objeto? Traten de no agitar los ánimos, ni diseminar vanos temores. Todo buen francés debe encerrar sus propios resentimientos en el fondo de su corazon, aun cuando sean muy razonables. Cualquiera que publique obras cuyo objeto sea exasperar los ánimos y fomentar la division, es culpable. La Francia necesita tranquilidad: lo que conviene es derramar bálsamo en las heridas y de ningun modo estimularlas ni dilatarlas. Lejos de nosotros el mostrarnos injustos con los hombres de quien hablamos: muchos de ellos tienen talentos, cualidades morales, carácter enérgico, mucha capacidad para los asuntos, y experiencia de los hombres. Finalmente si en la restauracion de la monarquía hay algo que les molesta, vuelvan la vista á lo que ellos hicieron y tengan bastante sinceridad para confesar que las imperfecciones que ahora les chocan, son nada en comparacion de los errores en que ellos mismos cayeron en otro tiempo.

CAPITULO VI.

DE LOS EMIGRADOS EN GENERAL.

En los folletos de la época encontramos mucha acrimonia contra esa clase de franceses desgraciados y en medio de todos sus clamores siempre vuelve á reproducirse por tema el asunto de la muerte del rey: «*Los emigrados son los que dieron la muerte al rey: los emigrados son los que nos han traído las cadenas: ellos son los que acusan á los liberales de toda clase de crimenes: preciso es haber sido Chuan, Vandeano, Cosaco, ú Inglés para ser bien recibido en la corte, y sin embargo ¿qué ha hecho la nobleza? ¿qué ha hecho en beneficio del monarca el clero?*»

Dícese que un hombre es causa de la muerte de su amigo, cuando este hombre apreciando mal un acontecimiento, ha elegido para salvar á su amigo un medio con el cual no consiguió salvarlo; ¿pero habrá quien tome esta expresion metafórica en su expresion literal? ¿Se ha podido nunca establecer formal comparacion entre el asesino real de un hombre y el amigo de este? ¿Cómo un espíritu ilustrado no ha podido encontrar mas que ese mezquino sofisma para defender una causa que hubiera sido mucho mas prudente dejar sepultada en el olvido?

¿La emigracion fue una medida saludable ó funesta? Sobre esta cuestion se puede opinar de distinto modo. Ante todo es preciso saber si aquella medida fue espontánea, ó violenta, es decir si los hombres insultados, quemados en sus quintas, perseguidos con chuzos, y arrastrados al cadalso, se vieron ó no obligados á abandonar su patria, y si hallándose con sus príncipes en los campos del destierro, debieron ó no ofrecerles su brazo. ¿No saben por propia experiencia

los que actualmente acriminan la accion de haber salido de Francia, que hay casos en que uno se ve en la precision de *huir, de escalar las paredes durante la noche y de correr á confiar su vida á una tierra extranjera?* ¿Pueden negar la persecucion? ¿no existen las listas? ¿No aparecen aun con sus firmas? ¿Una sola de aquellas listas no comprende á 15 ó 16,000 personas de diferente sexo, y edad?

¿Aduciremos aun otra razon para justificar la necesidad de la emigracion? No diremos que la razon que vamos á alegar consistia en una ley escrita, pero estaba vigente en el derecho usual de los Franceses: en el honor. Como quiera que se le considere este honor con razon ó sin razon es *obligatorio*. Tratándose de discurrir con exactitud es preciso colocarse en la situacion de aquel por quien se discurre. Una vez convenido en que todo noble debia ir á batirse á las orillas del Rin, ¿por qué razon no lo habia de hacer? ¿Mas quién habia convenido en ese deber? La corporacion, el orden social á que aquel noble pertenecia. La corporacion se engañaba. Sea así; pero se engañaba como aquel anciano rey de Bohemia que á pesar de hallarse ya sin vista, quiso romper una lanza en Crecy, y halló la muerte. ¿Quién le obligaba á ese anciano rey á batirse? El honor. Todo el ejército comprenderá esta razon.

¿*Qué ha hecho la nobleza por el rey?* Por él ha derramado su sangre en Haguenau, en Weissembourg y en Quiberon, y por él sufre aun en la actualidad la pérdida de sus bienes. El ejército de Condé, que conducido por tres héroes, se batia en Berstheim al grito de *viva el rey*, no era el que le daba muerte en Paris (1).

¿*Pero los emigrados, permaneciendo en Francia habrian podido salvar al rey.* ¿Pudieron librar de la muerte á su desgraciado señor los realistas ingleses que no salieron de su patria? ¿Es que Clarendon y Talkland inmolaron á Carlos, como Lally-Tollendal y Sombreuil degollaron á Luis?

¿*Qué ha hecho el clero por el rey?* Preguntadlo á la iglesia de los carmelitas, á los pontones de Rochefort, á los desiertos de Sinnamary, á los bosques de la Bretaña y de la Vandé, á todas aquellas grutas, á todas aquellas rocas en que se celebraban los santos misterios en memoria del rey mártir; preguntadlo á todos aquellos apóstoles que disfrazados con el traje de paisano, y confundidos entre la multitud esperaban que pasara el carro de las proscriciones para bendecir á vuestras víctimas; preguntadlo á toda la Europa que ha visto al clero francés seguir en sus tribulaciones al hijo mayor de la Iglesia, última pompa de aquel trono errante que la religion acompañaba cuando el mundo lo habia abandonado. ¿Qué hacen hoy esos sacerdotes que os importunan? No dan ya el pan de la caridad; lo reciben. Los sucesores de los que desmontaron los campos de las Galias, los que nos han enseñado las letras y las artes, no hacen valer sus pasados servicios; los que constituian el primer orden del Estado son acaso los únicos que no reclaman ningun derecho político: ¡sublime ejemplo dado por los discípulos de aquel cuyo reino no era de este mundo! Tantos ilustres obispos han dejado el cayado de oro para tomar el baston de los apóstoles, y nada piden de su pingüe patrimonio mas que los tesoros del Evangelio, los pobres, los enfermos, los huérfanos y todos los que vosotros habeis sumido en la desgracia.

¡Ah! ¿Cuánto mejor seria evitar esas recriminaciones; borrar esos recuerdos, destruir hasta esos nombres de emigrados, realistas, fanáticos, revolucionarios, republicanos y filósofos que deben hoy

(1) El Sr. Duque de Borbon recibió un sablazo en esta brillante jornada y estuvo en poco que una bala de cañon no arrebatase á un mismo tiempo á los tres héroes.

confundirse en el seno de la gran familia! Los emigrados acaso habrán tenido sus equivocaciones, sus debilidades y sus faltas; pero eso de decir á unos desgraciados que todo lo sacrificaron por el rey, que ellos son los que le dieron muerte, ¡eso es demasiado insensato, demasiado cruel! ¡Y quién es el que se lo dice, gran Dios!

Los emigrados nos traen la esclavitud. Fijase la vista, y por una parte se ve un rey que nos trae una constitucion, tal cual en vano la habiamos solicitado, y en la que se hallan las bases de aquella libertad que sirvió de pretexto á nuestros furors; un rey que todo lo perdona, y cuyo regreso no ha costado á la Francia ni una gota de sangre, ni una lágrima, se ve algunos franceses que entran medio desnudos en su patria, sin socorro, sin proteccion, sin amigos; que no encuentran ya ni sus casas, ni sus familias; que pasan sin quejarse por delante de la herencia paterna, cuyos campos son cultivados por una mano extraña, y que comen en la puerta de sus antiguas moradas el pan de la caridad. Se ve que en beneficio de tales hombres hay que hacer colectas públicas; el varon de Dios (2) que les sigue como por instinto de la desgracia, les ha venido acompañando desde países remotos: ha vuelto para establecer entre nosotros en beneficio de sus hijos las escuelas que la piedad de los ingleses sostenia. Nada faltaria para coronar la obra mas que establecer esas escuelas en un rincón de la antigua vivienda del emigrado; prepararle un asilo en los hospitales fundados por sus abuelos, y en los que las rentas de su patrimonio sirven para dar á los pobres un lecho de que él carece en este instante: Nosotros no somos los que hacemos esa pintura: son los miembros de la Cámara de los diputados, que no han visto en esos desgraciados, triunfadores, sino víctimas.

Y esos vandeanos, esos chuanes, para quienes se guardan todas las gracias, ¿os importunan acaso con el favor de que gozan, ó con su boato? Su honrosa pobreza, su traje tan antiguo como su fidelidad, su porte extraño en los palacios, han sido sin embargo objeto de vuestra burla, cuando esos leales servidores corrieron desde el fondo de la Francia atraídos por la grande, la maravillosa noticia del inesperado regreso de su rey. Fijemos la vista en nuestro alrededor, y tratemos, si es posible, de ser justos. ¿Por quién se ve ocupada la casi totalidad de los grandes y pequeños destinos? ¿La ocupan los chuanes, los vandeanos, los cosacos, los emigrados, ó personas que prestaban sus servicios bajo otro orden de cosas? No se envidia, no se critica que estos tales ocupen los empleos; mas ¿por qué se ha de decir precisamente lo contrario de lo que sucede? No le causaba sin duda la prosperidad de los emigrados tanta admiracion á ese Mariscal de Francia que ha solicitado algun socorro para algunos caballeros pobres de S. Luis: «Pues, decia noblemente el Mariscal, es preciso quitarles su decoracion, ó darles medio para que la sostengan con decoro.» Bajo el uniforme francés no puede haber mas que sentimientos generosos.

Lo que con toda verdad se puede decir de los emigrados, tratando de hablar con equidad, es que la venta de sus bienes es una de las mayores injusticias que ha producido la revolucion, que el ejemplo de semejante trastorno de la propiedad en medio de la civilizacion de Europa es el mas funesto que en ningun tiempo se ha dado á los hombres, y que tal vez no se conseguirá una completa reconciliacion entre los franceses, mientras por medio de sabias providencias, indemnizaciones y composiciones voluntarias, no se halle arbitrio de disminuir todo lo que de escandaloso y abominable tiene la primera injusticia.

(2) El Sr. Abate Carron.

Jamás podrá nadie acostumbrarse á ver mendigar el hijo en la puerta de la casa que era patrimonio de su padre. Esto es lo que con toda exactitud puede decirse por una parte. Por otro lado es cierto que el rey ni las cámaras no han podido remediar violentamente una injusticia por medio de actos que habrían comprometido la tranquilidad del Estado; pues al fin los compradores adquirieron aquellas propiedades bajo la garantía de las leyes: las propiedades han pasado á otras manos y han ocurrido nuevos sucesores y particiones. Poniendo semejantes ventas en tela de juicio se alteraría el orden de las nuevas familias, y se producirían nuevos trastornos. Preciso es por lo tanto emplear para curar esa herida, los suaves remedios que solo el tiempo proporciona: es preciso que el discernimiento presida en las medidas que podrían tomarse. El desinterés y el honor son las dos virtudes de los franceses: con tales elementos todo puede esperarse. Dícese que el rey se propone dar una suma anual tomada del presupuesto civil para socorrer á los propietarios y fomentar las composiciones amistosas. El rey es la gloria y la salvación de la Francia.

CAPITULO VII.

SINGULAR EQUIVOCACION POR LO TOCANTE Á LA EMIGRACION.

EXAMINANDO mas de cerca la opinion de los escritores de la oposicion se ve que han caido, sea á propósito, sea involuntariamente en una singular equivocacion. ¿No parece al oírles que toda la emigracion acaba de regresar á Francia juntamente con el rey? ¿Se ignora que casi todos los emigrados volvieron hará como unos catorce ó quince años, y que los hijos de estos emigrados fueron arrebatados, unos voluntariamente, otros por fuerza, por la conscripción, ó por los colegios militares; unos apremiados por la absoluta falta de recursos, y otros para salvar á su familia de la persecucion, y que los hijos de estos emigrados, volvemos á decir, han desempeñado destinos en tiempo de Bonaparte, mereciendo que este alabase su valor, su desinterés y su lealtad en cumplir la palabra dada? Muchos de ellos han recibido heridas bajo sus banderas: gefes de los vandeanos y de los chuanes han defendido su patria contra los enemigos. En los ejércitos franceses figuraban los primeros nobles y los descendientes de las familias mas ilustres, que siendo por decirlo así, representantes de la antigua gloria nacional asistian como testigos de las nuevas victorias. En esta noble fraternidad de armas nadie tenia ya un recuerdo de las discordias civiles, y sirviendo á su patria ensayaban el modo de servir en días mas venturosos á su rey. ¿Por ventura estos hombres que habrían podido echar de menos el rango y la fortuna de sus antepasados, estos vástagos de los Condestables y Mariscales de Francia, con la mochila del soldado á la espalda, podrán amenazarlos con la *resurreccion de todas las preocupaciones*? Por lo menos ya saben que en el ejercicio de las armas todo soldado es noble, y que todo granadero lleva escritos sus títulos de hidalguía en el papel de sus cartuchos.

En vano, pues, la malevolencia trata de crear distinciones y partidos que ni existen ni pueden existir. Si Luis XVIII no quisiese poner al frente de los destinos mas que hombres que *hubieran sido totalmente extraños á la revolucion*, ¿quién sería puro á sus ojos? pero el rey, según sus hechos lo van demostrando, es tan imparcial como ilustrado, y no establece distincion entre los que han servido al rey y los que han servido á la patria. No desnaturalizemos los hechos para alhagar nuestro capricho: no

atribuyamos al monarca sentimientos que le son ajenos; ni tratemos de crear partidos empeñándonos en encontrarlos allí donde no existen.

CAPITULO VIII.

ÚTTIMOS EMIGRADOS.

De manera que todo el modo de discurrir de los folletos contra los emigrados, si bien es sofisticado en cuanto á la forma, tampoco es sólido en lo tocante al fondo. Estriba en una base falsa; pues la grande, la verdadera emigracion hace ya mucho tiempo que regresó á Francia, y ha participado ya de los intereses comunes al resto de los franceses por medio de alianzas, servicios, lazos de gratitud y hábitos de sociedad. Todo queda pues reducido al escaso número de proscritos que Luis XVIII ha traído en pos de su persona. ¿Quisierais que en su destierro el rey no hubiera tenido ni un amigo? Esto es lo que sucede mas frecuentemente á los príncipes desgraciados. ¿Os asustan unos pocos ancianos que abrumados por la edad y despojados por tantos sacrificios, vienen á reanimarse un momento á los rayos del sol de su patria? Os hemos dado ya noticia de sus calamidades ¿conviendria que el rey para inspiraros tranquilidad, rechazase duramente á esos ancianos? Estaria bien que les dijese: «Compañeros que habeis encanecido conmigo allá en tierras extrañas, yo estoy ya instalado en mi palacio; al fin he vuelto á hallar mi pueblo, mi felicidad y la gloria de mis antepasados: por lo tocante á vosotros, tened entendido que por mi causa habeis perdido cuanto teniais: vuestros antepasados han sido dispersados... andad, andad con Dios: no os conozco.» ¿Y adonde podrían ir esos compañeros de desgracia del rey; esos que durante la proscripción roclinaban su cansada cabeza sobre las flores de lis, casi berradas por la sangre y las lágrimas; esos que se consolaban rodeando con su respeto y sus comunes miserias al monarca en la adversidad? ¿No permitiréis que Luis XVIII pueda prestarles un pedazo de su manto? ¿Queréis que su frente se anuble de rigor al verlos; y que jamás les dirija una de esas palabras que en Francia son recompensa de todos los servicios? ¿Queréis que el monarca sea indulgente y misericordioso, y exigiis al propio tiempo que sea ingrato? Admiraremos los reyes que merecieron ser amados en la desgracia y supieron amar en tiempo de la prosperidad.

CAPITULO IX.

SI ES CIERTO QUE EN LA ACTUALIDAD HAY MAS INQUIETUD QUE EN EL MOMENTO DE LA RESTAURACION.

«Al regresar los Borbones, siguen diciendo: «la alegría fue universal y no hubo mas que una opinion, un sentimiento comun: los antiguos republicanos particularmente oprimidos, aplaudieron francamente la restauracion. En la actualidad vuelven los partidos á levantar la cabeza; se ha disipado aquella bienhadada confianza, etc.» Hemos sido testigos de los primeros momentos de la restauracion, y hemos observado precisamente lo contrario de lo que se afirma en esas suposiciones. Indisputablemente se disfrutó felicidad, y causó alegría el regreso de los Borbones; pero con ellas iban mezclados muchos síntomas de inquietud. Lejos estaban los antiguos republicanos de hallarse tan satisfechos; sus aplausos no nacian del corazon. Muchos de ellos pensaban retirarse, y habian tomado ya todas sus medidas para la fuga. ¿En concepto de qué puede decirse que hubiesen estado particularmente oprimidos en tiempo

de Bonaparte? Ellos gozaban cuantiosas fortunas; ellos desempeñaban los primeros puestos del Estado. ¿Pues qué? ¿Podrá decirse que los afectos á los Borbones, esto es, los realistas gozaron del favor durante la tiranía? Parece un sueño.

Lo cierto es que en los primeros momentos del regreso del monarca no llegó á establecerse la confianza de un modo absoluto: mucha gente estaba alarmada; hasta las mismas provincias se hallaban divididas y eran presa de incertidumbres y de agitación: el ejército ignoraba si se le tendrían en cuenta sus padecimientos y sus victorias: temíase la opresión, y temíanse las venganzas.

Empero el carácter del rey fue poco á poco dándose á conocer, y los recelos se fueron desvaneciendo: vióse brillar la aurora de una paz y la esperanza de una felicidad, de que todo el mundo se hallaba muy ageno. Todos los partidos, asegurados ya de las opiniones que habian tenido, y de los votos que en otro tiempo emitieron, depositaron en el monarca una justa confianza.

Desde aquel momento el rey no ha cesado de desplegar nuevas fuerzas, y la Francia ha marchado hácia su prosperidad. La debilitada oposición sigue desmembrándose sin cesar; las patrañas, los terrores populares se disipan; el comercio adquiere vigor; las manufacturas florecen; las contribuciones se pagan; la deuda inmensa va quedando saldada; el ejército se siente animado de un solo y comun espíritu; los prisioneros y los soldados cumplidos han regresado al seno de sus familias; los oficiales con un retiro honroso gozan en sus hogares de la admiracion debida á su valor; las madres no se extremecen ya por el temor de nuevas quintas; la mas completa libertad de opiniones en las dos cámaras, en los libros, en los periódicos y en las conversaciones, anuncia que al fin hemos sido devueltos á nuestra dignidad natural; y todo el mundo se siente en pleno goce de sus derechos. Puesta sobre el corazon la mano, ¿de qué podríamos quejarnos? ¿de quién, ó de qué puede tenerse miedo? ¿Hubo en tiempo alguno calma mas profunda tras de la tormenta? ¿Los libelos que combatimos no son hasta una prueba de la libertad mas amplia, y de la fuerza del gobierno? Todo marcha sin esfuerzo, sin opresion: los extranjeros contemplaban con asombro, y casi con envidia nuestra paz y nuestra prosperidad. Ya no se oia hablar de policía, de delaciones, de actos arbitrarios del poder, de ejecuciones, de reaccion pública, ni de venganzas particulares.

Los tribunales no han obrado mas que allí donde han creído hallar criminales, y su accion se ha limitado al arresto de algunos individuos que han sido puestos en libertad en el acto de haberse declarado su inocencia. Cada cual va, viene y obra según su voluntad. ¿Hay alguno que no esté contento? Todos los caminos le están abiertos; pida pasaporte; llévase su fortuna; nadie se le opondrá; en los caminos apenas se encuentra un gendarme. En un país en que se acaba de expedir la licencia á mas de 400,000 soldados, no se encuentra, por decirlo así, una puerta cerrada, ni se habla de ningun salteador de caminos. Por todas partes existen hechuras y parientes de Bonaparte, que están en pleno goce de la protección de las leyes. Si disfrutaban pensiones sobre el Estado, el rey se las paga religiosamente. Si quieren salir del reino, volver á entrar, conducir cartas, enviar correos, hacer proposiciones, propalar rumores y hasta derramar dinero, reunirse pública ó secretamente, amenazar, distribuir libelos, conspirar como lo hemos dicho ya en otra parte, nadie se lo impedirá, pues eso no hace mal á nadie. Este gobierno de ocho meses es tan sólido, que aunque en la actualidad cometiera faltas sobre faltas, se sostendría á despecho de sus errores. El hermano de Luis XVI, la familia de

Luis XVI, la Constitucion que garantiza la libertad del reino son poderes que nada puede conmovér. Inmóvil sobre su trono el rey, ha calmado las olas en su alrededor sin ceder á ninguna influencia, á ninguna impulsión, á ningun partido. Su paciencia confunde; su bondad subyuga y arrastra, la paz de su corazon se trasmite á todos. A noticia suya han llegado las conversaciones que se han tenido, las pequeñas displiencias que se han manifestado, y los insensatos pasos que han podido darse; mas todo se ha desvanecido ante su inalterable serenidad. En otro tiempo cuando en Alemania una bala disparada hirió su cabeza, se contentó con decir: «Si hubiera dado una línea mas arriba, el rey de Francia se llamaría Carlos X.» Nada mas dijo: Cuando en el rigor del invierno se le dió orden de salir de Mistau, no profirió ni una sola queja. Esta magnanimidad sin ostentacion que le es característica, esta serenidad que por nada puede ser turbada, le acompañan tambien hoy en medio de la prosperidad. Dirígenle una apología de la muerte de su hermano: léela; hace algunas observaciones y se la devuelve á su autor; y ¡sin embargo es rey! ¡y sin embargo todos los días llora en secreto la muerte de su hermano! Al entrar por primera vez en las Tuilerías el día de su llegada á Paris, postróse de rodillas y exclamó: «¡Oh hermano mio, porque no has de haber vivido hasta este día! Tú lo merecias mas que yo.» A cualquiera que se le acerque parece dispuesto á decirle: «¿Dónde podríais encontrar mejor padre? Dejádme cuidar vuestras heridas: me olvido de mis males para no pensar mas que en los vuestros. ¿Pensais que en mi edad y despues de tantos sufrimientos podré ambicionar el trono para mí solamente? Solo me he sentado en él por provecho vuestro; quiero haceros tan dichosos, como desgraciados habeis sido.»

Quien vuelva alrededor de sí interior y exteriormente la vista, y no colme de bendiciones al príncipe que el cielo nos ha devuelto, no es por cierto digno de ser gobernado por semejante monarca.

CAPITULO X.

SI EL REY DEBERIA VOLVER Á USAR LAS ANTIGUAS FÓRMULAS EN LOS ACTOS EMANADOS DEL TRONO.

No falta quien manifiesta otro género de quejas: á semejanza de los niños mimados á quienes nada se niega, apenas sabemos ya á qué atenemos por lo tocante á nuestra dicha. «El rey quiso recibir la corona, como herencia y no como donativo del pueblo francés. Esta es la razon de llamarse rey de Francia y no rey de los franceses: volvió además á usar la antigua fórmula por la gracia de Dios, etc.»

Queremos una monarquía, ó no la queremos. En el primer caso, ¿desearemos que sea electiva? Si así es tenemos razon de no llevar á bien que el rey haya fechado su Constitucion del año diez y nueve de su reinado, y haya tomado el nombre de Luis XVIII. Mas si teniendo á la vista los inconvenientes de la monarquía electiva, volvemos á la hereditaria que es indudablemente la mejor de todas, el rey ha debido decir: «Reino, porque mis antepasados han reinado; reino por los derechos de mi nacimiento: á mí es á quien compete convenir con mis pueblos en la forma de institucion que regularice mi poder, asegure la libertad civil y política, y sea agradable á todos.» En ese caso nada hay mas consecuente que la conducta del rey: no somos una república, y por lo tanto no ha debido reconocer la soberanía del pueblo; tampoco somos una monarquía electiva, y por consiguiente no ha vuelto á ocupar el trono por vía de eleccion. Si os separais de estos principios, todo es confusion. A ciertos espíritus exaltados siempre les parece que el

rey destruye la ley, ó esta desvirtúa la monarquía: ambos poderes son compatibles, ó mas bien dicho, son una misma cosa en concepto de Ciceron, y de cualquiera persona de buen sentido.

Otra cuestion bien mezquina es tambien la que se ocupa del dictado de *Rey de Francia*. ¿Son libres los ingleses? pues bien; Carlos II fecho la declaracion dada en Breda del año XII de su reinado, y se tituló rey de Inglaterra (*King of England*) y no rey de los ingleses (*King of the English*). Por otra parte ¿es mas noble que el rey sea por su título *propietario* de los franceses (rey de los franceses), que *propietario* de la Francia (rey de Francia)? ¿No es mejor que sea dueño de la tierra que del hombre? pues rey de los franceses no querria decir que ha sido nombrado ó elegido por ellos, supuesto que la monarquía es hereditaria, sino que era su dueño, su poseedor. Todos estos discursos por una y otra parte no son mas que menguadas sutilezas: en el fondo no se trata de nada de esto. Los príncipes de la primera raza se llamaban rey de los francos, *rex Francorum*. ¿Por qué? Porque los francos eran no una nacion, sino un pequeño pueblo bárbaro y conquistador, casi sin leyes, y sobre todo sin propiedades fijas: no tenían entonces mas que un general, un capitán, un caudillo, un rey, *dux, rex Francorum*. Mezclóse en la segunda raza el título de emperador con el de rey, sin traer consigo mas que la idea de un jefe guerrero, *imperator*. En la tercera raza se principió á decir rey de Francia, *rex Franciæ*, porque entonces el pueblo de los francos por su mezcla con los galos y los romanos se habia convertido en una *nación* establecida en el territorio de la Francia, reemplazando las leyes sálica, gombeta y ripuaria de la primera raza, y los capitulares de la segunda por el uso del derecho romano y las costumbres escritas, coleccionadas hácia la época de Carlos VIII (1), sustituyendo por tribunales sedentarios los tribunales errantes, y caminando aceleradamente hácia la civilizacion. No están concentrados todos los conocimientos en el *Contrato social*; estudiemos algo de historia, y no seremos tan fáciles en condenar, ni tan arrogantes en nuestros asertos.

La fórmula *por la gracia de Dios* está defendida por sí misma: todo existe por la gracia de Dios. Lo que conviene es que tratemos de ser, si es posible, libres y dichosos, aun cuando sea absolutamente, sino hay otro medio, por la gracia de Dios. Esto es algo duro, ciertamente; mas no perdamos de vista que no siempre se consigue lo que se quiere. Para consolarlos, traeremos á la memoria la idea de que los mas altos filósofos han creído siempre que una fórmula religiosa era tan favorable á la política como á la moral. Ciceron observa que la república romana no debe su grandeza mas que á su piedad para con los dioses. Los antiguos hubieran mirado con compasion las mezquinas impiedades políticas que han cometido los franceses de estos tiempos. «Sea que se establezca una ciudad nueva, decia Platon, sea que se construya alguna antigua que se haya ido arruinando, no debe hacerse, si se ha de proceder con buen sentido, innovacion alguna en lo que haya dictado el oráculo con relacion á los dioses ó á los templos.»

Finalmente es oportuno y útil que en toda constitucion nueva se descubran huellas de las costumbres antiguas. ¿Por qué razon no ha contado la república francesa mas que algunos momentos de vida? Porque (ademas de otras causas que le han causado la muerte), quiso separar lo presente de lo pasado, erigir un edificio sin base, desarraigar nuestra religion, renovar enteramente las leyes y cambiar hasta el idioma francé. Este monumento flotante en el aire, sin punto de

(1) La mas antigua de estas colecciones es la de Ponthleu, hecha por orden de Carlos VIII, 1195.

apoyo en el cielo, sin base en la tierra, se derrocó al soplo del primer huracan.

Por el contrario, en el país en que se llevan á cabo cambios duraderos, se ve siempre amalgamada una parte de las antiguas costumbres con las nuevas, bien asi como los rios que se reunen y se hacen caudalosos confundiendo sus raudales. En la república romana quedaron en pié las mas de las instituciones monárquicas. Solo el nombre de rey sufrió alteracion, segun dice Ciceron (2); pero la obra política siguió intacta.

Nótese que el nombre de rey fue mirado con tal veneracion, que se le dió lugar entre las cosas santas, adjudicándolo al jefe de los sacrificios: *rex sacrificulus* ó *rex sacrorum*. En Atenas la dignidad de los sacrificios era patrimonio del segundo arconte, y estaba reputada como una de las primeras del Estado. Se ven en la constitucion de los ingleses profundas señales de su origen gótico. «El rey, dice Montesquieu, goza con una autoridad limitada de todas las apariencias del poder absoluto.» En ciertos casos se le sirve de rodillas: úsase al hablar con él un lenguaje el mas sumiso y respetuoso; finalmente, se le tributa el acatamiento que á la misma ley, como su principal representante.

Aun hay mas: en Inglaterra subsisten casi todas las costumbres normandas y leyes sajonas, aun las que parecen mas distantes de nuestras costumbres. Asi es que en algunos condados puede un marido sacar al mercado su mujer, lo cual se remonta al derecho antiguo de esclavitud. ¿Quién creeria que en un país tan libre se encuentra todo lo que recuerda los siglos que nosotros llamamos de esclavitud, y contra los que hemos declamado tanto? Esto depende de que en Inglaterra se ha procedido con mas cordura que los franceses; depende de que allí para fundar algo aprovecharon los cimientos en que reposaba el edificio antiguo; depende de que los ingleses han tenido la discrecion de dejar que las leyes caducas murieran de muerte, y se guardaron de acelerar su destruccion valiéndose de peligrosas violencias. No faltarán políticos en concepto de quienes tan racional conducta corra parejas con la esclavitud: tan exagerado modo de ver conduce desde los excesos de la demagogia á la mas degradante sumision, á la tiranía: sin razon no puede haber nada bueno.

Por último, aquel Guillermo III, aquel monarca llamado al trono de Inglaterra con la condicion de aceptar la Constitucion de 1688 fue, tanto él, como sus sucesores, rey por derecho divino y por la gracia de Dios. *It was observed that*, dice Smollet, *the king who was made by the people, had it in his power to rule without tem; to govern jure divino; though he was created; jure humano*. «Observóse que el rey elegido por el pueblo podia, si asi era de su gusto, gobernar sin el pueblo y reinar por *derecho divino*, aunque hubiese sido establecido *por derecho humano*.»

¿Son por eso menos libres los ingleses en la actualidad? ¿No es por el contrario esa conducta lo que ha consolidado su libertad dándole un carácter sagrado? Asi es que las costumbres de nuestros padres, conservadas en las antiguas fórmulas en el recuerdo del antiguo derecho político francés, comunicarán algo de carácter religioso á las nuevas instituciones. La monarquía francesa es á manera de un árbol secular cuyo tronco es preciso respetar si se trata de ingerir en sus ramas nuevos frutos. Este árbol de la patria que ha dado frutos durante 1400 años, podrá seguir dando otros tan buenos como aquellos, aunque de otra especie, si no se desperdicia ignorantemente su savia. Mas aun cuando se hallara tan seco como lozano subsiste, no tardaria en volver á cubrirse á la

(2) De lege III. 7.

sombra de la religion y por la *gracia de Dios*, de toda su lozana verdura: ¿la vara de Aaron no floreció en el arca?

Es cosa dura que la Francia todavía no sepa sacar partido de la leccion dada por la terrible y larga revolucion que acaba de pasar, y que por lo tocante á elementos de política se halle aun en el caso de andar disputando nada mas que sobre palabras: poséase la cosa sin acuciarse en averiguar de donde viene: gócese de una libertad monárquica y racional; que por lo demás poco importa que se haya recibido de manos de un jurisperito con su toga y golilla, ni que esté escrita en el lenguaje gótico de los Harlay y de los Lhopital; lo que interesa es que sea hija de nuestras costumbres, y que en su fisonomía se echen de ver las facciones de nuestra estirpe.

CAPITULO XI.

PASAJE DE UNA PROCLAMA DEL REY.

Hé aquí otro cargo: «El rey dijo en una de sus proclamas que todo el mundo conservaria sus puestos, y sin embargo algunas personas los han perdido.»

¿Extraña es la recriminacion! Pudo el rey comprometerse á no quitar el empleo *absolutamente* á nadie, sea quien fuese? ¿Pues qué! ¿Por el mero hecho de haberse presentado el monarca, habían de ser *vitalicios* todos los puestos del Estado! ¿El último empleado de puertas habia de hallarse en el caso del canciller! Siendo asi, ¿cómo podria ejercerse el gobierno? Luis XVIII, asi como Hugo Capeto, habria confirmado ó establecido al llegar, el sistema feudal. Aunque hubiera habido tantos pequeños y grandes soberanos como grandes y pequeños empleos hay en Francia, ya nada mas se podia hacer que declararlos hereditarios. El rey no habria podido quitar á un juez prevaricador, á un recaudador de mala fe, á un funcionario rechazado por la opinion pública: en todos estos casos no habria habido mas recurso que nombrar un administrador suplente en tanto que ocurriera la muerte del propietario.

Siendo esto asi ¿qué significa la frase de que «todo el mundo conservará sus destinos?» Quiere decir en términos razonables que toda persona contra quien no hubiera razones invencibles, sea respecto de su capacidad, sea por lo tocante á su conducta, permaneceria en el puesto en que el rey lo hubiese encontrado, ó bien seria llamado á ejercer otras funciones: quiere decir que los hombres de un partido no serian sacrificados por los del otro; que los nombres de realista ni republicano no servirian de títulos de admission, ni de causa para ser despedido, y que la probidad é inteligencia seria la verdadera y única recomendacion eficaz para obtener destinos públicos. Esto supuesto ¿podrá nadie decir que el rey no ha cumplido su ofrecimiento? Ya hemos hecho observar que la mayor parte de los empleos está en manos de personas que han servido en el orden de cesas destruido por la restauracion.

Pasando de quejas generales á quejas particulares, se citan los miembros del senado que no han sido admitidos en la cámara de los pares. No convenia tocar semejante cuestion: no convenia recordar al público que tal hombre que hizo rodar la cabeza de Luis XVI, goza en la actualidad de una pension de 36,000 francos, pagada por Luis XVIII. Lejos de quejarse hubiera valido mas guardar silencio: preciso era conocer que semejantes ejemplos producen un efecto contrario al de inspirar interés en provecho de aquellos por quienes se han suscitado. Tantos desgraciados proscriptos por la causa del rey, tantos honrados republicanos contra quienes no se levanta ni una sola acusacion, podrían caer en el desaliento. Los primeros se ven

por su lealtad reducidos á la mas profunda miseria; los segundos incapaces de aprovecharse de las calamidades públicas, no han salido de su primitiva indigencia: unos y otros podrían entregarse á amargas reflexiones al ver que los jueces de Luis XVI poseen palacios, sueldos, condecoraciones y hasta se hallan desempeñando cargos públicos. No insistimos en esta idea que al fin nos daria por resultado hacernos ver que acaso nunca los hombres de probidad se habian visto puestos en mas ruda prueba, y nos haria concebir sobre el bien y sobre el mal, sobre las buenas y las malas acciones, dudas capaces de dar al traste con la virtud misma.

Realmente no se hace á los ministros del rey una acusacion formal sobre el hecho de que nos estamos ocupando; solo se dice que han conservado en la cámara de los pares ciertos miembros del senado que (segun los autores de los libelos dicen) deberian haber sido despedidos; de lo cual resulta que en las tales quejas se ha procedido por espíritu de partido, mas bien que por un sentimiento de justicia, y que causa mucho menos disgusto que tal individuo sea excluido de la cámara de los pares que no que otro tal sea admitido en ella.

CAPITULO XII.

DE LOS ALIADOS Y LOS EJÉRCITOS FRANCESES.

AL través de las declamaciones se ve campear una secreta enemistad contra las potencias aliadas que han dado mano á la Francia para romper sus cadenas.

Mas si los aliados han pisado el suelo francés ¿á quién deberá imputarse? ¿Es el rey, ó es el hombre de la isla de Elba el que los ha traído? ¿Han entrado por Luis XVIII? Ellos indudablemente deseaban que los franceses, despertando de sus errores, volvieran á llamar á su soberano legítimo; deseabanlo como el medio mas breve y eficaz para poner término á los males de Europa; deseabanlo por causa de la justicia, de la humanidad y de los reyes; deseabanlo tambien por la particular amistad que profesaban á Luis XVIII y por el aprecio que las virtudes de este les inspiraban; empero ese voto secreto de su corazon apenas salia de los límites de una débil esperanza, y como ademas de esto se hallaban afectados de otros intereses que no eran los de la Francia, mas que en las desgracias de esta debian fijar su atencion en sus respectivas naciones y no podian por lo tanto pensar en eternizar una guerra tan fecunda en calamidades: por último, aunque á despecho hubieran entrado en negociaciones con Bonaparte por poco que este hubiera mirado con justicia sus pretensiones. ¿Cuántas veces no se jactó en el congreso de Chatillon de tener la paz en su bolsillo? En cierta ocasion se llegó á creer que ya estaba firmada, y en realidad no estuvo lejos de serlo. Los Borbones no figuraban en semejantes movimientos, ó por lo menos no representaban mas parte que la de deseos subordinados á los azares de la guerra, y á los sucesos y combinaciones políticas. Carecian de soldados, de dinero y hasta de crédito. Ni aun se daba por cierta su presencia en el continente y en Paris era un problema el saber si alguno de ellos se hallaba en Inglaterra ó habia salido ya de ella.

No podian imputarse á los príncipes franceses las desgracias de las armas, y esto es una verdad tan evidente que nadie se ha atrevido á ponerla en duda. Ciertamente (y nosotros lo sentimos acaso mas que nadie) es muy poco agradable para un pueblo el ver extranjerés en el centro de su país, mas habiendo acaecido este suceso por culpa de un hombre extranjero tambien á la Francia, no se podrá menos de reconocer lo que ha habido de noble y generoso en la conducta de los enemigos? Ellos han dado en